

Cristo, vínculo de unidad

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En un mundo herido por la división, la soledad, el resentimiento y la desconfianza, nuestro Señor Jesucristo continúa reuniendo a su pueblo en un solo cuerpo por medio de la Eucaristía y del don del Espíritu Santo. Durante este tiempo pascual, la Iglesia nos recuerda que nuestra verdadera identidad no se encuentra en las divisiones del mundo, en las ambiciones personales ni en el éxito individual, sino en nuestra comunión con Cristo y entre nosotros.

Saint Cyril of Alexandria enseña que, por medio del Cuerpo sagrado de Cristo y del Espíritu Santo, estamos unidos íntimamente con Dios y unos con otros. Cada vez que nos reunimos alrededor del altar y recibimos la Eucaristía, proclamamos no solamente nuestra fe en Jesucristo, sino también nuestra unidad como hermanos y hermanas en el Señor. Como escribe san Pablo:

“Porque hay un solo pan, aun siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan” (1 Corintios 10:17).

La Eucaristía es el gran sacramento de la unidad. Cristo se entrega completamente a nosotros para que lleguemos a ser uno en Él. La Iglesia no es simplemente una institución ni una reunión de individuos; ella es el Cuerpo vivo de Cristo. Cuando un miembro sufre, todos sufren. Cuando uno se alegra, todos se alegran. Cada acto de caridad, perdón, paciencia, reconciliación y servicio fortalece la unidad de la Iglesia y hace visible la presencia de Cristo en nuestro mundo.

El Espíritu Santo también habita en nosotros y transforma nuestros corazones. El Espíritu reúne a personas de toda nación, lengua, cultura y condición en una sola familia de Dios. Lo que la fuerza humana no puede lograr, el Espíritu lo realiza por medio de la gracia. Él sana heridas, derriba barreras, devuelve la esperanza y nos enseña a amarnos unos a otros como Cristo nos ha amado.

Sin embargo, la unidad requiere conversión del corazón. San Pablo nos exhorta a “conservar la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz” (Efesios 4:3). Esto significa rechazar el chisme, el orgullo, los celos, el resentimiento, la división y la indiferencia. No podemos recibir el Cuerpo de Cristo el domingo mientras herimos el Cuerpo de Cristo mediante el odio, la división o palabras dañinas durante la semana.

La unidad comienza en nuestros hogares, en nuestros ministerios, en nuestras reuniones parroquiales y en la manera en que hablamos a los demás y de los demás. Se manifiesta cuando acogemos a los recién llegados, acompañamos a los que están solos, cuidamos a los enfermos y ancianos, animamos a quienes luchan con dificultades y trabajamos juntos con humildad y amor. El mundo necesita comunidades que reflejen la compasión y la paz de Cristo.

San Juan nos recuerda con gran claridad:

“El mundo pasa y también sus deseos; pero el que cumple la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17).

Nuestra sociedad promueve muchas veces el individualismo y el interés propio, pero Cristo nos llama a la comunión. Nos pertenecemos unos a otros porque le pertenecemos a Él. Cuanto más permitimos que el Espíritu Santo transforme nuestras vidas, más nos convertimos en testigos de santidad, reconciliación y esperanza.

Como su pastor, invito a cada familia, a cada ministerio, a cada feligrés y a cada comunidad a renovar nuestro compromiso con la unidad en Cristo. Oremos juntos con mayor fervor. Acerquémonos a la Eucaristía con reverencia y gratitud. Perdónemos rápidamente,



sirvamos generosamente y amemos sinceramente. Seamos instrumentos de paz dentro de nuestra parroquia y más allá de ella.

Que nuestra parroquia refleje siempre la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que todos los que entren en nuestra comunidad encuentren no división ni indiferencia, sino la presencia viva de Jesucristo a través de nuestro amor mutuo.

Encomendando a cada uno de ustedes al cuidado maternal de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, pido que el Espíritu Santo continúe uniéndonos en santidad, paz y caridad.

Unidos en Cristo, seamos un signo vivo de esperanza para el mundo.

Con mis oraciones y bendición,

P. Vilaire Philius
Párroco